

LOS JSU TAMBIEN ENVEJECEMOS

TERESA PAMIES

Cuando vi y escuché a Manolo Azcárate en la pantalla de la TVE el día que lo expulsaron del CC del PCE, pensé: «Otro JSU fuera de juego» y sentí una desazón que sólo comprenderían quienes aún quedamos de la primera promoción de jóvenes socialistas unificados. Manolo decía, con la voz quebrada: «Soy comunista desde los dieciséis años y nadie conseguirá que deje de serlo.» Cuando uno se aferra a la autenticidad de su ideal de adolescencia es que

todo lo demás se resquebraja o, sencillamente, te haces viejo.

De repente se me reveló la contradicción entre lo viejo y lo nuevo tal y como lo aprendimos en el «Cuarto capítulo» (1). Me pregunté si mi generación no habrá dejado de ser factor renovador del partido para convertirse en lastre. No sentí lo mismo cuando expulsaron a Fernando Claudín porque teníamos dieciocho años menos. Y esto cuenta, en una promoción política.

«Somos la Joven Guardia...»

Dirigentes y cuadros de la JSU substituyeron a líderes del PCE y del PSUC cuando éstos envejecieron, murieron, desertaron o fueron expulsados a raíz de varias crisis internas. ¿Por qué no constituyeron el relevo del partido socialista de cuyo seno había salido parte de la JSU? Porque la JSU, producto de la unificación de jóvenes socialistas y comunistas el año 1936, se marcó, desde el comienzo, los objetivos de la Internacional Juvenil Comunista pese a su adhesión táctica a la Internacional Juvenil Socialista. La JSU se dio como modelo el «Komsomol» (2) con sus «Pioneros» inclusive, niños destinados a reemplazarnos en la dirección cuando pasásemos al partido. Tal era el esquema bolchevique que el desenlace de la guerra civil no desbarató del todo.

Al unificarnos sumábamos 15.000 y en 1937 ya éramos 300.000 (3) la

(1) «Historia del PCUS» cuyo IV Capítulo sobre el materialismo dialéctico se atribuye a Stalin y fue el catecismo de mi generación.

(2) «Komsomol», abreviación de «Liga de la Juventud Comunista de la Unión Soviética» que, a su vez, creó «Pioneros proletarios».

(3) En el primer aniversario de la fundación de la JSU celebrado en el Teatro Capitol de Valencia, Santiago Carrillo afirmó que de los 50.000 militantes que las JSU tenían en España el mes de abril de 1936, se habían alcanzado los 300.000. En el Comité Nacional celebrado los días 25, 26 y 27 de septiembre de 1957 en Madrid, la Comisión Ejecutiva dio la cifra de 500.000 militantes, 200.000 de los cuales eran combatientes del Ejército Popular.

Jóvenes de la JSUC que salen para el frente de Aragón, en julio de 1936. A la derecha, Lena Imbert, del Comité de Barcelona, muerta en el exilio en la URSS, con A. Paredes, «Groman», hoy militante del PSUC, de la tendencia anti-eurocomunista.





Conferencia de la JSU de España, celebrada en el Palau de Bellas Artes de Barcelona, en 1937. En la presidencia, fotos de Trifón Medrano y Lina Odena.

mitad de los cuales combatían el fascismo con las armas en la mano. La mayoría de dirigentes y cuadros de la JSU tuvimos que emigrar. Otros miles quedaron atrapados o dispersos en la desbandada de 1939. Serían «concentrados» para su clasificación y fichaje, fusilados o encarcelados. En los combates y bombardeos de la guerra civil habían caído dirigentes y militantes inolvidables (4). La JSU fue la organización juvenil más importante, no sólo cuantitativamente, sino por su papel en la contienda revolucionaria, tanto en los frentes como en la retaguardia.

(4) Trifón Medrano, procedente de la JC, secretario de organización de la primera Comisión Ejecutiva de la JSU murió el 18 de febrero de 1937, durante un bombardeo en Bilbao. Lina Odena, fundadora de la JSU, murió en el frente de Granada en agosto de 1936. En representación de la JC de Cataluña participó en la Comisión Nacional de Unificación.

(5) Queda demostrado en el interesante libro del joven historiador leridano Ramón Casterás, titulado: «Las JSUC: ante la guerra y la revolución, 1936-39». Editorial «Nova Terra», 1977, páginas 239 y 328.

Ignacio Gallego (ex dirigente de la JSU, diputado por Córdoba, vicepresidente de las Cortes españolas y miembro del Comité Ejecutivo del PCE), en un acto de la JSU en Francia. A su izquierda, Luis Fernández, general de los FFI y Amaya Ruiz Ibárruri.

guardia. Llegó a ser una auténtica organización de masas pese a los intentos del PCE y del PSUC para instrumentalizarla y a los del PSOE por desunirla (5). No es casual que diera tantos organizadores y combatientes para el futuro.

Los comunistas procedentes de la JSU tenían apenas treinta años cuando pasaron a relevar a dirigentes

y cuadros del partido. Conservaban el vigor físico, el entusiasmo revolucionario y el grado de romanticismo imprescindible al combate clandestino y a la acción política más o menos tolerada en los países de exilio, un exilio prolongado que otras emigraciones antifascistas no habían soportado. Con ellos y ellas pudo el PCE organizar el combate en la boca



LOS JSU

del lobo y evitar su desintegración.

Algunos de los que serían enviados «al interior» con misiones organizativas, de información o de lucha armada, habían militado o *militaban* en la JSU, no sólo la promoción de la guerra civil, sino jóvenes reclutados en los años cuarenta y cincuenta en Francia y América donde la JSU funcionaba y se desarrollaba entre los hijos de los exiliados. La JSU se organizó en estructuras abiertas, creó atractivas publicaciones, promovió actividades culturales recreativas y ejerció gran influencia en el movimiento juvenil antiimperialista del continente americano. Tras la derrota del hilerismo, la JSU en el exilio proporcionó cuadros directivos a la FMJD, al movimiento de la paz, de mujeres y a la FSM, a la Pirenaica y a las radios de los estados socialistas que emitían en castellano y en catalán. Hasta el hombre designado por Beria para asesinar a Leon Trotski era un JSU (6).

Larga sería la lista de ex-JSU fusilados, torturados, encarcelados por haber entrado en España procedentes del exilio a luchar como ellos lo en-

tendían o les diera a entender el partido que disponía del aparato técnico necesario, en el cual compitieron en audacia, ingenio, generosidad e inteligencia, centenares de muchachos y muchachas que no participaron en la guerra civil, muchos de los cuales no llegarían a viejos. Los que sobrevivieron tienen apenas cincuenta años y aunque no hayan sido promovidos al Comité Central no están «fuera de juego».

Ningún partido de los derrotados en 1939, pudo superar la inevitable decrepitud con una promoción de combatientes de su propia estirpe.

¿Substituir a quién?

Envejecían los líderes comunistas, morían del corazón o de cáncer o, eran apartados en sucesivas crisis resueltas al estilo de la III Internacional. Dirigentes que brillaron con luz propia o por efectos del culto a la personalidad se fueron apagando por falta de substancia o por los vendavales cíclicos llamados «crisis internas».

Cayeron del pedestal personajes que pasaban de la categoría de héroes a la de farsantes o traidores, de sabios a papanatas, de infalibles a chapuceros, de clarividentes a ineptos. El núcleo dirigente se habría extinguido por usura del tiempo sin la incorporación de JSU curtidos en la lucha política, con menos lastre en la biografía y una circulación sanguínea más fluida. Pero aquellos JSU son hoy sesentones. Algunos de ellos son co-responsables de los aciertos del PCE y del PSUC, pero también de sus errores.

A veces recordamos a los entrañables camaradas que murieron jóvenes, evocamos su energía, su audacia, su alegría, y pensamos: «Ah, si estuviera Lina, si estuviera Justo, si estuviera...». Olvidamos que «si estuvieran» también tendrían sesenta años y que, acaso, no habrían seguido en nuestras filas como tantos otros que no murieron y son hoy brillantes negociantes o profesionales, banqueros y editores, empresarios y políticos moderados. Algunos dan dinero o facilitan empleo a ex-JSU depauperados. A veces escriben sobre política, antropología, cine o gastronomía. Y una piensa: «Se nota que fue de la JSU», y eres indulgente con ellos, incluso con los farsantes.»

Viaje a Vietnam de Manuel Ascárate y Santiago Carrillo.



Se acabó la «Joven Guardia» al viejo estilo

Se acabó la «Joven Guardia» al viejo estilo

El PCE y el PSUC ya no tienen donde abastecerse de «cuadros». La JC improvisada en el exilio y en la euforia de la transición democrática no constituye cantera para el partido.

(6) La delegación de la JC a la reunión con la JS para preparar la unificación estaba formada por Peñatroya (muerto), Montagu (muerto), Roca (fusilado) y Ramón Mercader (muerto). La JS estaba representada por Antonio López Raimundo (muerto), Manuel Culebra, pseudónimo del escritor Manuel Andújar, Martínez, Martí-Salvat, hoy miembro del PSC, Sánchez y Luis Salvadores, este último miembro del CC del OSUC, tendencia anti-eurocomunista.



Delegados al XXII Congreso del PSUC, tres de los cuales son ex JSU: Santiago Carrillo, Enrique López y Gregorio López Raimundo. Ramón Mendezona, con boina, director de la Pirenaica.

Su origen y su composición son distintas a lo que fue *nuestra* JSU. En la década de los 80, las organizaciones juveniles políticas no se sostienen, no porque los jóvenes «pasen» de política, sino porque se madura antes, se rechaza el papel de «menor» protegido por la «enjundia» del veterano y se entra directamente en un partido que entusiasme, no para decir amén, sino todo lo contrario.

Ya no pueden amañarse «entes juveniles» como en el pasado, por muchas concesiones que se hagan al «patotismo» a nivel de lenguaje y de organización. A lo sumo se consigue montar un grupúsculo de adolescentes dirigidos por algún carrozón vinculado al partido y editar una revista semiporno, deficitaria y efímera. El partido sólo paga las facturas y las nóminas. En el seno del «ente juvenil» se reproducen los follones derivados de las contradicciones en el paterpartido. De ahí no puede salir el relevo.

Una generación sin historia

El relevo se está gestando entre las nuevas promociones de militantes que ingresaron al partido durante la clandestinidad o tras su legalización, hombres y mujeres que no fueron de la JS ni de la JC, muchos de los cuales no pasaron por cárceles ni comisarias, ni figuran en los ficheros de Comín Colomer, ni de Conesa (ex JSU); no empuñaron armas en ninguna guerra, ni en el «maquis»; no transportaron maletas de doble fondo, no le dieron a la manivela de la multicopista ni tuvieron ocasión de elegir «entre los amigos y el partido». Gente sin historia, pero *incorporada* a la Historia.

Se hicieron del PCE o del PSUC por antifranquismo, por necesidad de verificar en la acción la autenticidad de sus ideas e intuiciones revolucionarias, por rechazo visceral del capita-

lismo corruptor y apocalíptico. Estas motivaciones pudieron inducirles a ingresar en el PSOE. Es cierto, pero no lo encontraron. El PCE y el PSUC eran realidades tangibles y su organización, pese a insuficiencias, torpezas y errores, se extendía e irradiaba algo más que «luz en la tiniebla», como diría el poeta compañero de viaje.

En la decisión, efímera o duradera, de esa generación de militantes influyó la historia del partido y el prestigio de sus líderes algo mitificados. Sin embargo, lo determinante a la hora de dar el paso fue la calidad de los cuadros medios, responsables de sectores, instructores o enlaces que vinculaban la dirección *exiliada u oculta*, con lo que solemos llamar «las masas». Hicieron más militantes esa legión de abnegados organizadores que las resoluciones del Comité Central, aunque esas resoluciones orientaban y galvanizaban a los encargados de difundirlas.

Hace más de tres años que el PCE y

LOS JSU

el PSUC son legales en España. Tienen diputados, concejales, alcaldes. Han afrontado los riesgos de la legalidad con pericia y sentido de la responsabilidad, pero no se han desprendido del «síndrome» clandestino. Salieron de las catacumbas en plena crisis económica generadora de corporativismo entre la clase obrera, de miedo en las capas medias, de desconcierto en sectores de la cultura, de agresividad entre la derecha económica, política, militar, eclesiástica y de agudización de la pugna entre los dos

cluido en los partidos comunista de tipo leninista, pero hicimos serios progresos en la vía de superar la contradicción. Los ex-JSU —expulsados y expulsadores— contribuyeron considerablemente a esos avances.

Pero los JSU somos hoy sesentones. Unos JSU expulsan a otros aunque ya no se insultan ni se despellejan como en las purgas de antaño. Algo hemos mejorado en materia de procedimiento. Hoy puedo seguir en el partido sin romper mi vieja amistad con Manolo Azcárate. Para comprender la

ritu de promoción. Nos encontramos en reuniones, manifestaciones, cenas de homenaje y entierros cada vez más frecuentes y tristes. Evitamos caer en el rollo de los viejos tiempos aunque no falta el pelmazo que insiste en ello. Comentamos la actual situación del partido y se atribuye a la «baja estofa» de los nuevos afiliados que «carecen del entusiasmo, la fe, la abnegación, la entrega a la causa» que caracterizó a los jóvenes socialistas unificados. «Demasiados abogados en el partido, demasiados estudiantes, empleados de

Banca, tenderos y curas». ¿Los obreros? «No tienen *aquel* espíritu de clase, *aquella* honradex. Van a la puta pela, practican la picaresca para salir de las deudas en las que les metió el consumismo cabrón. No son *aquellos* obreros.

Unos culpan de todo esto al eurocomunismo-revisionista-socialdemócrata o sea: a Santiago. Otros lo atribuyen a la torpeza, a la pobreza teórica de los equipos dogmáticos que siguen agazapados en el partido, o sea: a Josep Serradell «Román», ambos ex-JSU, lo que demuestra que la JSU no es una promoción monolítica. Hasta ahora, ambos han personificado las tendencias en pugna pero cuando eurocomunistas expulsan a eurocomunistas en Madrid y apoyan a dogmáticos en Valencia, puede surgir un tercero en discordia o en concordia y éste ya no será ex-JSU. Tales comentarios demuestran hasta qué punto hemos envejecido los JSU y en que



Carrillo, Alvarez, López Raimundo y Pilar Brabo, que bien pudo ser el relevo. Todos eran del Comité Ejecutivo del PCE. Hoy sólo queda Santiago Carrillo.

bloques militares que pueden destruir el planeta. Por si fuera poco, ambos partidos se ven acosados, desde 1968, por el dogmatismo organizado en sus propias filas y alentado desde publicaciones oficiales soviéticas.

Afrontar tantos problemas exige una cohesión y una flexibilidad que el PCE y el PSUC no tienen hoy. Sin embargo, ambos partidos son más necesarios que nunca para sacar el país del atasco, consolidar la democracia y abrir un horizonte socialista a la izquierda española.

Cohesión y flexibilidad se han ex-

dimensión del cambio hay que haber militado 40 años en los partidos de estructura y talante leninista. Aquello era una Iglesia.

El miedo de los viejos y el de los jóvenes

Hay muchos ex JSU en la base del PCE y del PSUC, pero pintamos poco. No todos estamos en las mismas posiciones más conservamos vivo el espí-

llo nos encontramos inmersos. ¿Cómo orientarnos? That is the question. Espero que los jóvenes se orienten.

Al menos disponen de más tiempo que nosotros, los veteranos.

Hay que reconocer que los ex-JSU del Comité Ejecutivo del PCE y del PSUC no han impedido la incorporación de jóvenes a la dirección, pero la operación remozamiento se malogra cíclicamente sin que acertemos a explicarlo.

Jóvenes promovidos al equipo dirigente han sido degradados o expul-



Delegación del PCE a Polonia y Bulgaria, con tres ex JSU: Santiago Carrillo, Gregorio López Raimundo y Tomás García. Con ellos Horacio F. Inguanzo. Los cuatro eran miembros del CE del PCE; los cuatro son hoy diputados a las Cortes. Sólo Carrillo sigue en la dirección máxima del PCE.

sados en los últimos veinte años mientras permanece el núcleo de veteranos cada vez más acosados desde todos los flancos. No se les puede negar capacidad de aguante, pero no sólo aguantan las presiones negativas sino también las positivas. ¿A qué atribuirlo? ¿al apego de los jefes al cargo? ¿a la llamada erótica del poder? Creo que la razón habría que buscarla en el miedo político, en una deformación profesional que consiste en creerse propietario o accionista principal del partido, empresa a la que tanta vida personal se le ha sacrificado. Esto ocurre cuando se vive la política de manera irracional, casi esquizofrénica.

Existe un miedo evidente a «entregar» el entrañable partido a quienes por su edad, origen social inclusive, no tuvieron ocasión de combatir el fascismo con las armas, de sufrir hambre, tortura y destierro. Es un miedo que los jóvenes detectan y ante el cual reaccionan de manera contradictoria, superficial, frívola o cruel; con simpatía o con otro tipo de miedo: la del cachorro que se siente plétórico de ideas y de energías y se ve discrimi-

nado por el carcarnal aferrado al cargo. Ambos miedos se escrutan y, a veces, se enfrentan.

Nos preguntamos: «¿Qué clase de partido harían estos chicos? ¿un partido de tendencias organizadas? ¿un partido abierto a la aventura? No concebimos que el partido que necesita hoy la clase obrera y las capas populares pueda ser distinto al que nosotros hicimos. ¿Por qué ha de ser un partido a nuestro gusto?»

Se reproduce el viejo conflicto que protagonizamos los JSU con los viejos del partido, opuestos a cambios de estructura organizativa, a la desaparición de las células y las «troicas», los «radios» y los «cuñas sindicales»; opuestos a que las reuniones del CC y los congresos fuesen abiertas a la «prensa burguesa». ¿Dónde iríamos a parar?

Algunos veteranos se escandalizan ante propuestas revolucionarias consideradas disgregadoras, liquidadoras de un partido que aman con amor que mata. Preconizan el repliegue al reducto, al entrañable partido de mártires... y de hipócritas, pues no se puede ser santo; sólo fingirlo.

Esto no es nuevo en nuestros partidos y siempre acabó resolviéndose sin ir al fondo de las cosas. La rigurosa clandestinidad facilitó la chapuza. Pero se acabó la coartada de la clandestinidad.

Lo peor que nos podría ocurrir a los JSU sería convertirnos en lastre al envejecer físicamente. Ninguna generación de revolucionarios, ni siquiera los «magníficos» que hicieron posible el octubre de 1917, ha podido ni podrá detener la marcha de la historia. Como diría Guzmán de Alfarache: «No se puede poner coto a los que juzgan; es querer poner puertas al campo, limitar los pensamientos. No aprovecha querer yo que no quieran, porfiar que no piensen o negar lo que todos afirman. Todo es trabajo sin provecho, como querer atar el humo».

No es muy ortodoxo eso de traer citas de un clásico de la literatura castellana en vez de apoyarse en Karl Marx y en Vladimir Ilich «Lenin». Pero también en esto hay que renovarse o morir, además no encontraría, entre los maestros del marxismo, una reflexión dialéctica más convincente y oportuna. T.P. ■